Colección Biblioteca chilena

EL ROTO

JOAQUÍN EDWARDS BELLO

EL ROTO
Joaquín Edwards Bello

Edición crítica: Osvaldo Carvajal Muñoz
Asistente de edición: Constanza Richards Varas

Ediciones Universidad Alberto Hurtado
Alameda 1869 · Santiago de Chile
mgarciam@uahurtado.cl · 56-228897726
www.uahurtado.cl

Impreso en Santiago de Chile, por C y C impresores
Septiembre de 2019

Esta edición crítica fue sometida al sistema de referato ciego.

ISBN libro impreso: 978-956-357-209-4
ISBN libro digital: 978-956-357-210-0

© Herederos Joaquín Edwards Bello representados por Daniel Cádiz, de *El roto*.
© Osvaldo Carvajal, de "Historia del texto y criterios editoriales", "Excusas para volver a publicar: los prólogos de *El roto*", '"El pájaro verde' de Joaquín Edwards Bello: de crónica a capítulo de novela" y notas a la edición crítica.
© Claudia Darrigrandi Navarro, de "*El roto* de Joaquín Edwards Bello: la imposibilidad de dejar de ser cronista".
© Constanza Richards Varas, de "Una sociedad crónica: Alone y su seguimiento de *El roto*" y "Cronología".
© Andrea Kottow Keim, de "*El roto*: encrucijadas de la modernidad en el Chile de principios del siglo XX".

Coordinadora Colección Literatura: Betina Keizman
Coordinador Colección Biblioteca chilena: Juan José Adriasola
Dirección editorial: Alejandra Stevenson Valdés
Editora ejecutiva: Beatriz García-Huidobro
Diseño interior y portada: Alejandra Norambuena

Imagen de portada: Retrato de Joaquín Edwards Bello, colección Biblioteca Nacional de Chile. Fotografía de niño, año 1965, de Juan Hernández, donación Archivo Zig-Zag/Quimantú al Archivo Fotográfico Museo Histórico Nacional.

MIEMBRO DE LA
RED DE EDITORIALES UNIVERSITARIAS DE AUSJAL
AUSJAL
www.ausjal.org

Con las debidas licencias. Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Colección Biblioteca chilena

EL ROTO

JOAQUÍN EDWARDS BELLO

Edición crítica
Osvaldo Carvajal Muñoz

uah/Ediciones
Universidad Alberto Hurtado

La colección *Biblioteca chilena* publica una serie de obras significativas para la tradición literaria chilena en nuevas ediciones realizadas por un conjunto de académicos especialistas en literatura. En cada volumen se fija el texto con criterios estables y rigurosos, se proporciona un amplio aparato de notas y se ofrece un conjunto de materiales complementarios que garantizan una recepción informada por parte del público.

El objetivo de *Biblioteca chilena* es fomentar la relectura, valoración y difusión de los autores fundamentales del canon nacional, abriendo de este modo nuevas formas de apropiarse culturalmente de un conjunto de obras literarias en las que se despliega una versión relevante de la identidad y paisaje simbólico que denominamos Chile.

Cada volumen contiene:

- Un estudio crítico, redactado especialmente para la edición por un connotado académico, que proporciona la valoración e interpretación globales del texto.
- La historia del texto y sus criterios editoriales.
- La obra.
- Un *dossier* con los artículos más relevantes que se hayan publicado acerca de ella.
- Un cuadro cronológico.
- Una completa bibliografía de y sobre el autor.

El propósito final de *Biblioteca chilena* es conectar a las instituciones académicas con la comunidad, para animar de este modo un diálogo de largo plazo y consecuencias fecundas al poner nuevamente en el tapete la tradición literaria de nuestro país.

Índice

Introducción

El roto de Joaquín Edwards Bello:
la imposibilidad de dejar de ser cronista
Claudia Darrigrandi Navarro 13

Historia del texto y criterios editoriales
Osvaldo Carvajal Muñoz 29

El roto 59

Dossier

Excusas para volver a publicar: los prólogos de *El roto*
Osvaldo Carvajal Muñoz 329

Una sociedad crónica: Alone y su seguimiento crítico de *El roto*
Constanza Richards Varas 345

Crítica académica

El roto: encrucijadas de la modernidad en el Chile
de principios del siglo XX
Andrea Kottow Keim 359

"El pájaro verde" de Joaquín Edwards Bello:
de crónica a capítulo de novela
Osvaldo Carvajal Muñoz 383

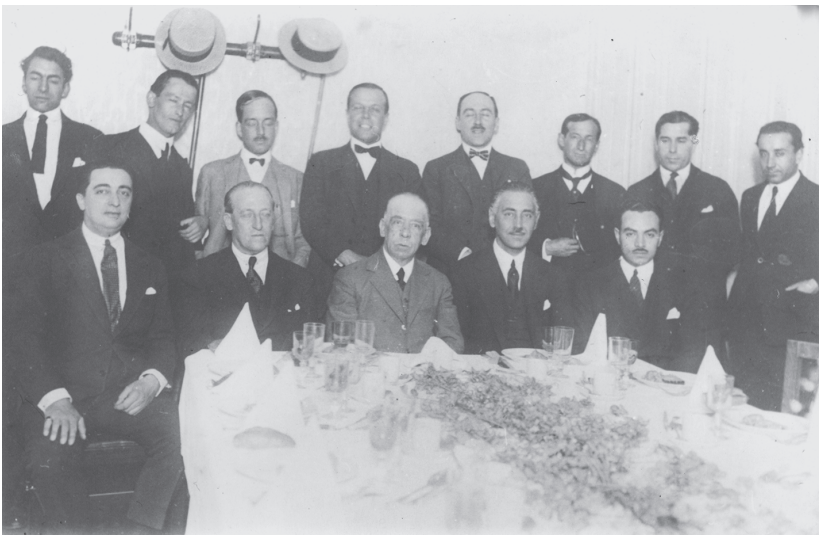
Cronología
Constanza Richards Varas 407

Bibliografía
Constanza Richards Varas 447

INTRODUCCIÓN

El roto de Joaquín Edwards Bello: la imposibilidad de dejar de ser cronista

Claudia Darrigrandi Navarro



"Diego Dublé Urrutia Joaquín Edwards Bello, Carlos Silva Vildósola, Julio Acuña, Antonio Castro, Pablo Neruda, José González Vera, Armando Donoso, Pedro Prado, Eduardo Barrios, Juan Guzmán Cruchaga y Ángel Cruchaga Santa María, el 5 de diciembre de 1925".
Archivo Fotográfico del Museo Histórico Nacional.

El roto de Joaquín Edwards Bello: la imposibilidad de dejar de ser cronista[1]

Claudia Darrigrandi Navarro

"Después de todo, no es tan indecente como dicen este libro. ¡Yo había creído que era mucho peor!", señala Hernán Díaz Arrieta (Alone) al inicio de su crítica sobre la novela de Joaquín Edwards Bello que, en su primera edición, fue titulada *El roto. Novela chilena, época 1906-1915* ("A propósito")[2]. El comentario de Alone apunta a la polémica que despertó la novela de Joaquín Edwards Bello y que se tradujo en una cantidad significativa, para la época, de reseñas y críticas publicadas en diarios y revistas. Como otras novelas latinoamericanas de rasgos, o pretensiones, naturalistas (*Santa* de Federico Gamboa*, Blanca Sol* de Mercedes Cabello de Carbonera, *Juana Lucero* de Augusto D'Halmar, *Aves sin nido* de Clorinda Matto de Turner, *En la sangre* de Eugenio Cambaceres, *Flor de fango* de José María Vargas Vila, por mencionar algunas), la discusión sobre el valor literario y moral fue acalorada. En el caso de la novela de Edwards Bello, la recepción inmediata se

[1] Algunos de los comentarios y reflexiones aquí presentados han sido trabajados con anterioridad en mi libro *Huellas en la ciudad: Santiago de Chile y Buenos Aires, 1880-1935* (Cuarto Propio, 2014) y en los artículos "'Gente que uno ve pasar sin dejar huella': El roto en las portadas de la novela de Joaquín Edwards Bello", publicado en *Revista Iberoamericana* 250 (2015): 73-94, y "Niños en la ciudad: multitud, masas e infancia en la narrativa chilena (1930-1965)", publicado en *Taller de Letras* 56 (2015): 11-25.

[2] En la cuarta edición desaparece del título "Novela chilena, época 1906-1915".

caracterizó por una lectura acorde a los paradigmas estéticos-culturales del fin de siglo, cuya factura estaba moldeada, en gran medida, por las corrientes literarias realistas y naturalistas. Los principales críticos de la época se refirieron a la novela: Hernán Díaz Arrieta (Alone), Omar Emeth, Ricardo Latcham, Pedro Nolasco Cruz, Inés Echeverría de Larraín, Domingo Melfi, tuvieron algo que decir, entre muchos otros. *El Mercurio*, *La Nación*, *Las Últimas Noticias*, *El Diario Ilustrado*, la *Revista Católica* y *Pacífico Magazine*, todos periódicos modernos, y otros medios impresos que probablemente todavía no se pesquisan, participaron en la discusión sobre la calidad de la obra. La publicación de la novela despertó las pasiones; no obstante, también es necesario señalar que contó con una campaña publicitaria inusitada para la época, incluso antes de que la novela saliera a la venta. La publicidad se compone por el rostro de un roto "añiñao", dibujado por Jorge "Coke" Délano. Junto con el rostro, lo acompaña el siguiente texto: "Bien añiñao el rotito, ¿nó?" [*sic*]. La circulación de este rostro en el diario *La Nación*, puso en evidencia lo problemático que significaba esta figura en el contexto urbano, en particular, para las élites a inicios del siglo XX. Al señalarlo como "añiñao", se lo presentaba, hasta cierto punto, como una amenaza. Desde otro punto de vista, con la inclusión del vocablo rotito se destacaba su inferioridad. De este modo, todo el engranaje publicitario activó el imaginario sobre el roto en los posibles lectores y lectoras. La intervención de la publicidad, probablemente, produjo una expectativa y cumplió el objetivo de atraer tanto a críticos como a una audiencia general. El éxito de ventas de la novela en su primer año se anuncia al comienzo de la tercera edición del año 1922: "Poquísimos en América, han alcanzado un éxito literario y de librería más enorme que 'El roto'… en dos meses [se vendieron] veinte mil ejemplares" (9). Cierto o no, de la campaña publicitaria, destacaría también que instaló a la figura del roto en el mercado editorial y de las representaciones. Aquel roto que se había construido como un héroe de las guerras del siglo XIX, que por mucho tiempo estuvo su imaginario más vinculado al campo, a la provincia que la ciudad, en la década

de 1920, consolidaba su entrada en la ciudad como protagonista de novela y como roto "añiñao", pero también como "rotito".

Además de las inquietudes morales que surgieron a partir de la ficcionalización del mundo prostibular popular, cuyos principales exponentes fueron Pedro Nolasco Cruz y Josefina Smith de Sanfuentes, una novela que se inscribe entre el realismo y el naturalismo, dio paso, en la mayoría de los comentarios críticos, a una lectura que destacó las cualidades miméticas de la novela[3]. Del mismo modo, que su protagonista fuera un roto, "el roto", figura que otrora había sido reconocida como héroe nacional, abrió la puerta a que las críticas abordaran cuestiones atingentes a la identidad nacional, tema sensible todavía en el fin de siglo, y que con las celebraciones del centenario y el desarrollo de la literatura criollista, ocuparon un lugar central en del debate público y literario.

De este modo, se estableció un debate sobre la crudeza del ambiente retratado, la veracidad de los personajes y su legitimidad para ser personajes literarios. Como "formidable" la clasifica "Almor", autor de la crítica aparecida en *La Nación*. Su comentario valora el "brutal" y "dramático" realismo y vio en su publicación un avance en contra de una sociedad colonial y retrógrada como también una acto de bondad por parte de su autor para con los sectores populares. Un tono similar se desprende de la crítica de Guillermo Bianchi quien, detrás de la firma de Shanty, escribe: "'El roto' se coloca entre los primeros libros nacionales, y entre los de más valor, por ser una parte importante de la vida nacional, la que en él se pinta, con verdad, emoción y talento" (2). Asimismo, Aquiles Vergara Vicuña también comenta con un tono celebratorio al señalar que el "libro es un estímulo poderoso para el espíritu deprimido de un pueblo; sus imágenes literarias representan una nueva orientación, mitad naturalista y mitad simbólica en el desarrollo futuro de nuestras letras" y establece los vínculos necesarios para incluir a Edwards

[3] En una crítica de Hernán Díaz Arrieta de la edición definitiva del año 1968, publicada el 30 de agosto de 1968 en *El Mercurio*, señala que la novela estuvo por muchos años prohibida en los liceos.

Bello en una genealogía compuesta por Maupassant, Wilde, Balzac y Zola. Del mismo modo, Vergara Vicuña destaca un rasgo muy finisecular que casi ningún otro crítico de prensa comenta, al señalar que la novela "ha enriquecido nuestro léxico; ha suprimido mucho de los galicismos a que están tan habituados nuestros hombres de pluma; y lo más importante, ha hecho una obra genuinamente chilena con una cultura literaria muy europea que dice de amplios horizontes y que sabe a cosmópolis". Domingo Melfi, tras el nombre de Julián Sorel, señala otro aspecto: "Pero esta novela no es exclusivamente la novela del roto; es, mejor, la novela del ambiente, del medio, la novela de la casa de prostitución, miserable y sórdida" (5), recordando algunas de las premisas del naturalismo. En cambio, Bianchi excusa al autor, pues no es responsable de que la realidad sea así: "La cruda realidad de 'El roto' ha parecido excesiva y hasta exagerada a algunas personas: es cierto que sus descripciones son violentas y agrias, pero el autor, fiel a la verdad, tenía forzosamente que escribir así, no es culpa suya, sino del ambiente que pinta el libro, que es desgraciadamente triste y amargo!" (2). Por su parte, a partir de una experiencia lectora que aturde, que produce "una confusión de sensaciones entrecruzadas, repugnancias físicas y morales, algo así como asco íntimo y profundo", Josefina Smith de Sanfuentes insiste también en la veracidad del ambiente que se logra en la novela: "Hemos visto, sentido y palpado la vida más inferior en toda su crudeza… y hemos estado entre seres palpitantes de verdad que deben sufrir atrozmente" (7). Sin embargo, la opinión de Omar Emeth es más tajante al indicar que la novela es "de un realismo más que fotográfico y de una 'repulsividad', si tal puede decirse, desconocida del mismo Zola" y agradece al autor, descorrer el velo y poner ante los lectores, la realidad.

De todos modos, esta mímesis también se pone en duda, crítica que estuvo orientada a destacar el poco valor literario que tenían esa espacialidad y ese cuerpo social: "Las dotes de observación de Edwards Bello son superficiales, no pasan de lo exterior y aparente. Carece de penetración psicológica. Sus personajes son poco variados, gente que uno ve pasar sin dejar huella y que al punto se

confunden en la muchedumbre", escribe Pedro Nolasco Cruz en su crítica para *El Diario Ilustrado*, un periódico vinculado a las corrientes políticas conservadoras del Santiago de inicios de siglo XX. Destaco la insignificancia que le parece a Cruz el protagonismo de esa incipiente muchedumbre porque, por un lado, dialoga con la publicidad de la novela y, por otro, invisibiliza sujetos, nombres, personas. Atribuyéndoles pasividad subestima, y borronea, una muchedumbre que ya había protagonizado y lo seguiría haciendo, variados episodios de lucha social. Su comentario informa del pudor que le produce la tematización de la vida prostibularia, de la presencia de burdeles y prostitutas y delincuentes. Y también del temor que surgía en las élites la presencia de nuevas fuerzas sociales urbanas. Luego Cruz insiste y señala que si el autor es un mal observador, peor aun es su imaginación. Es así como también cuestiona sus dotes para instalarse en el mundo de la ficción, de la literatura. En suma, mientras otros valoraron el realismo brutal y dramático de Edwards Bello, Cruz dudó de las capacidades del autor para aplicar las técnicas del naturalismo.

En cuanto a la representación de su protagonista, hubo menos consenso aún, pues en cierta medida el imaginario del roto estaba en movimiento, en transición. Por un lado, los referentes decimonónicos del héroe nacional todavía tenían fuerza; por otro lado, roto podía ser sencillamente un sinónimo de chileno, al apelar a una "raza" común. Asimismo, la primera edición también incluye un texto introductorio de Edwards Bello (que desaparece a partir de la segunda edición) que perfila las discusiones que se dieron en la prensa. En ese texto, da pie al contrapunto entre el roto como figura rural o provincial —"lo más interesante y simpático que tiene mi tierra"— para luego ofrecer una novela de un roto urbano (10). Y aunque en ese texto declara que "pretendo que mis realismos destilen puras lágrimas de *La oración por todos*", más bien hizo enojar (10). Al respecto, Guillermo Bianchi señala:

> Podría tal vez encontrarse injustificado el título general de *El roto* para la novela que comentamos, ya que rotos hay en nuestro

> ambiente más "caballeros", más instruidos y que sienten el odio contra los vicios y un anhelo de vida mejor, pero esto no quiere decir que el tipo descrito por Edwards Bello no sea exacto, y que, aún más, todavía existía en los barrios del arrabal, donde triunfa la puñalada, hija de la ignorancia y del alcohol, a la vuelta de una esquina, malamente alumbrada por un mísero farol a parafina.

La cita anterior reafirma una lectura en clave del pasado, que tiene su referente en el héroe nacional decimonónico y que se entendió como portador de una raza, idea que Joaquín Edwards Bello trabaja con detención en *La cuna de Esmeraldo* (1918), texto que antecede y que esboza algunos capítulos de *El roto*. Omar Emeth, por su parte, también enfoca su comentario en la pregunta sobre la identidad del roto: "Roto es uno de esos vocablos que, a fuerza de uso cotidiano pierden, como las monedas en el mucho circular, gran parte de su peso y valor. ¿Quién es 'roto'? O, más exactamente, ¿quién no es roto?". Su comentario también se enlaza, aunque de forma más sutil que otros ejemplos, con cuestiones sobre la idiosincrasia nacional, pero de todas formas se inscribe en esta ansiedad colectiva que despertó el título y la representación del roto como protagonista de la novela.

En *La cuna de Esmeraldo,* Edwards Bello plantea para el continente americano la existencia de naciones indomeditárrenas, e inmerso en las discusiones que ocupaban a los intelectuales de la época sobre "raza y nación", en muchas de sus crónicas, reflexiona y discute algunas de las ideas de Nicolás Palacios, autor de *Raza chilena*. En este sentido, la "raza" del roto, problemáticas sobre identidad nacional y continental, son temas fundamentales para entender el contexto de escritura de la novela y de sus crónicas ("Raza chilena", "Prefacio", "No existe homogeneidad de la raza", "Reemplazo progresivo del indígena", "Habló el roto"). Aunque pareciera siempre estar defendiendo la identidad del roto que a la vez se funde con el cuerpo indígena, Edwards Bello reconoce, en estas crónicas, la incompatibilidad entre lo que se entendía como civilización en la primera mitad del siglo XX y la cultura indígena.

Por otra parte, en el capítulo XXV de la primera edición de *El roto,* se filtran estas reflexiones raciales, propias del período, en diálogo también con el libro de Palacios. En ese capítulo, se pone ante los lectores una discusión entre Madroño (senador), un sacerdote y un periodista (que fungen como consejeros de Madroño) que, por un lado, transparenta y hace explícitas las opiniones divergentes que despertaba el libro de Palacios y, por otro, deja asomarse un Madroño que en ediciones posteriores desaparece: un Madroño que, si bien al final, hace todo lo posible por ocultar su corrupción y deshacerse de Fernando, amante de la madre de Esmeraldo, el niño roto, se alinea con las ideas sobre la necesidad de reformas sociales y de mejorar las condiciones de vida del "bajo pueblo", acorde a las preocupaciones que despertaba la "cuestión social". Esta discusión extendida sobre la raza también desaparece en ediciones posteriores, es decir, se elimina la reflexión más coyuntural.

Hernán Díaz Arrieta, por su parte, a pesar de señalar algunas incongruencias de la trama, debilidades en la construcción de los personajes y de sugerir que la última parte se podría eliminar, es firme en señalar que el autor sí posee un estilo, cuestión que también se le había criticado. Considera innecesario, Díaz Arrieta, el carácter "sociológico" que impone el título e indica:

> …esta novela debió llamarse simplemente, como en el volumen que vino de Francia, "La cuna de Esmeraldo". Y debió ceñirse a eso, a la cuna de Esmeraldo, al chiquillo, a la Gloria y apenas, a Fernando. Era lo más que podía subir dado el tema y dado el temperamento del autor. Todo lo que sobresale está mal y morirá. El roto chileno es mucho más y mucho menos que Esmeraldo o Fernando. El nombre le queda grande. En resumen, y para expresarme con matemática precisión diré que el estilo de "El roto" me parece de primer orden, los personajes de segundo orden, y la composición y argumento de tercer orden ("A propósito").

El comentario de Alone, que si bien apunta a cuestiones formales y está orientado a darle a la novela mayor cohesión, se ciega a las tensiones sociales y a una cartografía social que se articula al

poner en diálogo la presencia de Esmeraldo (el roto niño), Fernando (el roto adulto), Madroño (el senador) y Lux (el periodista). La novela de Edwards Bello se publica tras dos décadas de incipientes movimientos sociales en busca de mejoras en las leyes sociales y laborales. El año 1920 se elige como presidente a Arturo Alessandri con el apoyo de las "masas". Asimismo, la novela se publica cinco años antes de la promulgación de un nuevo proyecto constitucional que redefinió los criterios de ciudadanía. En otras palabras, la tensión social entre la vieja oligarquía y el nuevo proletariado encuadra el contexto de publicación de la novela en tanto que es uno de los fenómenos sociales y políticos más relevantes de la historia urbana de inicios del siglo XX. De seguirse el consejo de Alone, la novela se quedaría solo con una perspectiva única del problema social que se presenta en el libro y se haría borroso el conflicto social, las incipientes tensiones entre clases, la sutil aparición de la clase media en la figura de los periodistas y la decadencia moral de la oligarquía.

En suma, la crítica aparecida en prensa el mismo año de publicación de la novela no puede desvincularse de la sombra del héroe decimonónico y de la lectura nacional. Tampoco puede desprenderse del incipiente temor que la ciudad moderna y sus nuevos actores sociales despierta. Sin embargo, casi veinte años más tarde, una de las primeras preguntas que abre "El breve ensayo sobre el roto" de Juan Godoy es: "¿Cómo separar lo que el roto es de lo que pensamos es el roto?" (33). Esta pregunta desarticula la ansiedad positivista que imperó en la década del veinte y parte de los treinta por definir a este hito de la historia social y cultural. Godoy inscribe al roto en el "angurrientismo", movimiento de "puro exceso vital" (34). En este sentido, el roto es un exceso de corporalidad: "Come en exceso; bebe en exceso; ama en exceso; muere en exceso. Y de aquí su radical confianza en sí mismo" (34) y culmina su reflexión indicando que "Viven el instante. Exponiendo sus vidas. Son dueños de sí. Dueños de nada" (40). De este modo, Godoy da a esta figura autonomía, y de la novela de Edwards Bello dice que "es una blasfemia para el pueblo chileno" (34).

Ambientada en uno de los bordes de lo que era Santiago en esa década, "detrás de la Estación Central de Ferrocarriles", La Gloria, el burdel en el que nace y se cría el pequeño Esmeraldo que protagoniza la novela, es un espacio en el que lo urbano se hace borroso y lo rural cobra fuerza. En varias de las críticas, al plantear que la novela es parte de la "vida nacional", se problematiza un momento de transición. Un Chile que no termina de salir del siglo XIX (del "largo siglo XIX") y que tampoco comienza claramente su entrada en el siglo XX (el "corto siglo XX"). Esa "vida nacional" a la que hacen referencia aquellos críticos la podemos leer hoy como el dificultoso, trabado y lento paso, quizás inacabado, de un Chile tradicional a un Chile moderno, de un Chile oligárquico, decadente, observante de esa "periferia" en la que habita un cuerpo social que pasará a ocupar otro lugar a medida que avance el siglo XX. Recordemos que, al final de la novela, el niño (o ya casi joven) roto, tras meses de estar preso, al volver a su barrio, a ese espacio transicional, no encuentra su casa, no encuentra La Gloria, y huye de la prensa y de la policía. Esta huida, aunque la novela acabe ahí, me parece, no anuncia su desaparición, sino que anuncia un regreso sin fecha y, entre tanto, anuncia también una espera que se materializa en una perturbadora e inquietante ausencia.

En la cuarta edición publicada en 1927 por la Editorial Nascimento, Joaquín Edwards Bello agrega un prólogo de su autoría, quizás como un modo de acotar las posibles lecturas que dieron cuenta las discusiones del año 1920, y dice que "Los cuadros crudos del roto, vienen a ser como esas fotografías de *fieras* que los *turistas* toman de noche en plena *selva*" (8, el énfasis es mío). El turista extraño centra su mirada en un objeto, al que lo animaliza y convierte en barbarie. Ese "otro" fotografiado también posee "el carácter aferradamente nacional de sus componentes" (7). Más allá de que el autor se desvincule y marque distancia de una vida popular que él mismo señala en "extinción", interesa destacar el recurso de la fotografía para legitimarse, siete años después de la primera edición y habiendo circulado por la prensa una cantidad significativa de opiniones al respecto. El autor se posiciona como quien

logra capturar una imagen de un "tipo", en su medioambiente, y lo intenta reproducir por escrito. Aunque hoy cuestionemos la lectura unívoca de la fotografía, de su relación con el referente, la escritura de Edwards Bello requirió, a inicios del siglo XX, de esa visualidad y referencialidad de la fotografía para tener valor documental y credibilidad. Convendría recordar el lugar que tenía la fotografía en los estudios de criminalística moderna; era un medio de identificación supuestamente infalible. Por otra parte, la fisonomía era una de las claves de interpretación del alma de los sujetos. En ese sentido, en el contexto de publicación de la novela, la imagen del sujeto revelaría más de sí mismo que otras formas de acceder a su persona, a su subjetividad. Desde otro lugar, también es posible señalar que el enmarcar la novela con un prólogo que alude a la fotografía como un registro análogo a la novela, da cuenta de las dificultades de la escritura.

En su libro *Pueblos expuestos, pueblos figurantes* (2014), Georges Didi-Huberman habla de los peligros de la subexposición de los pueblos en los medios audiovisuales, pero también señala el peligro de la sobreexposición. Si bien el autor hace referencia a registros de la cultura visual, la alusión de Edwards Bello a la fotografía y otros referentes visuales de la época, como lo es la imagen de portada de la primera edición de la novela, compuesta por la ilustración del rostro grotesco de un hombre, me parece que contribuye a la reflexión. Si la no exposición del pueblo es una amenaza en tanto en que los oculta, Didi-Huberman también señala que "la sobreexposición no es mucho mejor: demasiada luz ciega. Los pueblos expuestos a la reiteración estereotipada de las imágenes son también pueblos expuestos a desaparecer" (14). Hoy, hablar del roto, en el sentido que tuvo en el siglo XIX, es casi conversación de especialistas, sean estos académicos o defensores de la cultura popular, y la novela de Edwards Bello marcó un punto de inflexión para la sobreexposición del roto, que también podríamos entender como el pueblo. Es indudable la relación que existe entre la información que circulaba en la prensa de la época y la novela *El roto*. Periodista y "archivero", Edwards Bello informó y colmó su texto de prensa

y cultura impresa. La oficina de Madroño está llena de recortes de diarios y fotografías; el crimen que Esmeraldo se adjudica, y su seguimiento, es presentado en la novela de forma más o menos extendida, en su primera edición, a través de la referencia a diferentes periódicos[4]. Me detendré en tres reportajes o crónicas de la época para ejemplificar esta relación que me parece crucial en la escritura y rescritura de la novela de Joaquín Edwards Bello. El 6 de septiembre de 1902 la revista *Sucesos* en la sección "Policía" publica "El hombre más feo de Chile" y en vez de destacar un hecho delictual en particular, el objetivo del reportaje es resaltar la fealdad de Manuel Pérez Verdejo. Su rostro se vincula a un modo de vida salvaje que tiene lugar fuera del perímetro urbano de Santiago como también con sus varias estadías en la cárcel. A pesar de la importancia que va adquiriendo la fotografía en las revistas magazinescas como mecanismo de identificación, también se da lugar a su falibilidad como forma de hacer aún más grotesco el rostro del sujeto en cuestión: "Verdejo, visto por el retrato, es todavía un serafín comparado con el original! [*sic*]" (14). Este rostro y el reportaje recuerdan la portada de la primera edición. Al mes siguiente, se publica "¡El chico promete!", también en la sección policial (10 de octubre de 1902). La crónica refiere a la historia de un indomable Anselmo Vargas Torres, quien vive en Valparaíso y recibe el apodo de "El Garrapata". Al igual que Esmeraldo y su pandilla, "El Garrapata" roba en la estación de trenes acompañado por otros niños animalizados como el "Congrio" o el "Boca é choro". "Anselmo ha sido, es y será siempre el mismo" (13), señala el autor del texto, enfatiza la imposibilidad de que el adolescente sea reformado, asunto que la novela de Edwards Bello también problematiza. Muy similar es el tono y la forma en que Esmeraldo es presentado. El niño roto también es conocido como "El Chincol" y cuando se narran sus andanzas en la Estación Central de Ferrocarriles junto a su pandilla se señala

[4] En la edición definitiva, si bien se mantiene la referencia a la prensa, esto se presenta de forma mucho más acotada y sintetizada por el narrador como "El asunto Esmeraldo".

que: "Tan pequeño era que la banda miserable le había apodado *El Chincol*; sin embargo, ya se peleaba a bofeteadas. Era un chico arisco y salvaje" (34). Por último, un año después de la publicación de la primera y segunda edición de la novela, *Sucesos* publica el reportaje "El feroz criminal de Limache" (26 de mayo de 1921). En este caso, la fotografía que acompaña el reportaje escenifica la inspección a la que es expuesto el delincuente bajo la mirada de tres científicos. Acorde al género magazín, las tres publicaciones incluyen fotografías y, en particular, fotografías del rostro, que dialogan tanto con las reflexiones y debates que se dan en la novela sobre el origen de la delincuencia o de malos hábitos. Más allá de los vínculos intertextuales que mencioné unas líneas atrás, además fáciles de establecer por la afición a la prensa y a la creación de un archivo por parte de Edwards Bello, me interesa destacar esas imágenes del rostro que a través de la misma factura con la que se presenta y enfatiza la sobreexposición de una figura que, efectivamente, está mutando, en transformación y está, en tanto estereotipo, en vías de desaparición. Lo que la palabra roto nombraba hasta hace muy poco tiempo antes de la publicación de la novela no era lo que las imágenes dicen de él; en términos de Didi-Huberman, "las imágenes son capaces de conferir a las palabras mismas su legibilidad inadvertida" (17).

En el prólogo a la primera edición, que corresponde a un texto que hace referencia a *La cuna de Esmeraldo*, Vicente Blasco Ibáñez insiste en las cualidades de novelista de Joaquín Edwards Bello y lo llama a persistir en ese oficio. Hoy Edwards Bello ha sido mucho más reconocido como periodista y cronista que como novelista. Y aunque en ese prólogo Blasco Ibáñez resta valor a otros géneros en tanto que: "Todos esos artículos de usted sobre América, todos sus estudios son muy interesantes, muy hermosos, pero hay otros que también pueden hacerlos" (12), Edwards Bello fue, después de 1920, mucho más prolífico como cronista que como novelista. Esa reescritura constante que hace en las crónicas, lo trasladó a la novela. La fotografía turista que se atribuyó Edwards Bello de una vida popular, en sus términos, en vías de desaparición, la retocó

seis veces y se puso a prueba a sí mismo: la fotografía entonces no fija un sentido, no fija un referente, sino que lo multiplica y lo diversifica. Edwards Bello editó y revisó, como da cuenta esta edición crítica, una y otra vez su novela. Sintetizó, revisó el lenguaje, eliminó fragmentos extensos completos. En el contexto nacional, todavía no hay quien haya superado a este prolífico cronista. Aunque este prólogo acompaña una edición crítica de la novela *El roto*, me permito señalar, y aquí me alineo con algunas de las ideas planteadas por Pedro Nolasco Cruz en su crítica de 1920, aunque sin el tono despectivo y sin la crítica moralizante, que su novela también es una crónica urbana, compuesta de escenas y construcciones de perfiles rastreables en *La cuna de Esmeraldo* y en la prensa como lo ha realizado Osvaldo Carvajal para el caso de la crónica "El pájaro verde". Es una crónica que todavía tiene huellas de cuadros costumbristas. Es también la crónica de un niño que se desfigura y deshace detrás de un nombre que resuena fuerte ("el roto"); es la crónica de Esmeraldo y de su espejo posible, Fernando; es la crónica de un prostíbulo; y, por último, es la crónica de ese pueblo sobreexpuesto, estereotipado, en peligro de desaparición del que habla Didi-Huberman.

Trabajos citados

Almor. "'El roto' (El libro de Joaquín Edwards Bello)". *La Nación* [Santiago de Chile] 3 de agosto 1920: 3.

Bianchi, Guillermo [Shanty]. "*El roto* de Joaquín Edwards Bello". *Las Últimas Noticias* Sección Artes y Letras [Santiago de Chile] 31 de agosto 1920: 2.

Blasco Ibáñez, Vicente. "Prologo". *El roto*. 1ª ed. Santiago: Editorial Chilena, 1920. 11-13.

Cruz, Pedro N. "Don Joaquín Edwards Bello. 'El roto' y sus demás obras". *El Diario Ilustrado* [Santiago de Chile] 24 de septiembre de 1920: 4.

Darrigrandi, Claudia. *Huellas en la ciudad: Santiago de Chile y Buenos Aires, 1880-1935*. Santiago: Editorial Cuarto Propio, 2014.

—. "Niños en la ciudad: multitud, masas e infancia en la narrativa chilena (1930-1965)". *Taller de Letras* 56 (2015): 11-25.

—. "'Gente que uno ve pasar sin dejar huella': El roto en las portadas de la novela de Joaquín Edwards Bello". *Revista Iberoamericana* 250 (2015): 73-94.

Díaz Arrieta, Hernán. "Libros chilenos. El roto de Joaquín Edwards Bello". *El Mercurio* [Santiago de Chile] 30 de agosto de 1968.

—. "A propósito de 'El roto' de Joaquín Edwards Bello". *El Mercurio* [Santiago de Chile] 5 de septiembre de 1920.

Didi-Huberman, Georges. *Pueblos expuestos, pueblos figurantes.* Buenos Aires: Manantial, 2014.

—. "Habló el roto". *Crónicas*. 4ª ed. Santiago de Chile: Zig-Zag, 1974. 241-245.

—. "No existe homogeneidad de la raza". *Crónicas*. Santiago de Chile: Talleres La Nación, 1924. 111-124.

—. "Prefacio". *El nacionalismo continental. Crónicas chilenas*. Madrid: Imprenta G. Hernández y Galo Sáez, 1925. 11-13.

—. "Reemplazo progresivo del indígena". *Crónicas*. Santiago de Chile: Talleres La Nación, 1924. 65-69

—. *El roto*. Prólogo de Joaquín Edwards Bello. 1ª ed. Santiago: Editorial Chilena, 1920. 9-10.

—. *El roto*. Prólogo. 3ª ed. Santiago: Editorial Cóndor, 1922. 9-10.

"El roto" ["Viva Chile"]. Aviso publicitario de la novela *El roto*. *La Nación* [Santiago de Chile] 27 de agosto de 1920: 3.

Emeth, Omar. "Crónica bibliográfica semanal". *El Mercurio* [Santiago de Chile] 2 de agosto de 1920.

Godoy, Juan. "Breve ensayo sobre el roto". *Atenea* 55.163 (1939): 33-40.

Smith de Sanfuentes, Josefina. "Literatura Nacional. 'El roto'". *El Mercurio* [Santiago de Chile] 29 de agosto de 1920: 7.

Soriel, Julian. "'El roto' (Novela de Joaquín Edwards)". *El Mercurio* [Santiago de Chile] 28 de agosto de 1920: 5.

Vergara Vicuña, Aquiles. *El Mercurio* [Santiago de Chile] 27 de julio de 1920.